Alerce

N° 85, septiembre de 2021. SECH, 90 AÑOS. Director: David Hevia.

Eliza Adonis: La mano tiene la lucidez de un faro

Nacida en Santiago en 1977, Eliza Adonis es fundadora de la editorial Pez Abisal, donde ha divulgado obras de Sarah Kane, Leonora Carrington y Ken Liu. Su trabajo escritural, seleccionado en diversas antologías, le valió en 2015 la Beca de Creación Literaria del Fondo del Libro, proyecto al cual corresponden los versos de *La pesca milagrosa* (Ediciones Liz, 2021), algunos de los cuales incluimos a continuación.

Primer movimiento

La piedra no vuelve a la mano nunca.
El silencio no revive después de la palabra.
La palabra viene a devorarlo todo.

El grito no retorna mudo a la garganta.
El puño no vuelve a la paz de la mano distendida
nunca.

El latido rompe contra el pecho.
El latido solo se escucha corazón afuera.
El latido deforma el corazón da el golpe de gracia.

No existe modo de acallar la voz
cuando la voz ha hablado
no existe modo de volver al silencio.
Yo quebraría en dos cada palabra.
Yo aplacaría todo latido de golpe.

Ya lancé la piedra.
Ya lancé el grito.
Ya empuñé la mano.
Ya viví en un respiro único.
Ya entregué el corazón en ese latido.

Luego de este primer movimiento
no hay vuelta atrás.

El puño contiene toda la paz del universo.
Afuera
todo es caos.

Gallinita ciega

La templanza de la mano se te va agotando
La mano, eliza, la palabra se te declara en quiebra
se te quebró la lengua, bonita, en mitad del texto
y pujas pero no pares y pujas
y para qué pero escribes con la mano quebrada
la misma que cortas y lloras
y para qué si hay tanto mar afuera
y solo la ventana entre tú y el llanto.

Que no es el tinto, mujer
que no es la lengua, mujer
que no eras tú perdido
en las líneas de mi mano como siempre
me recorriste con la venda en el corazón,
gallinita ciega.

La pesca milagrosa

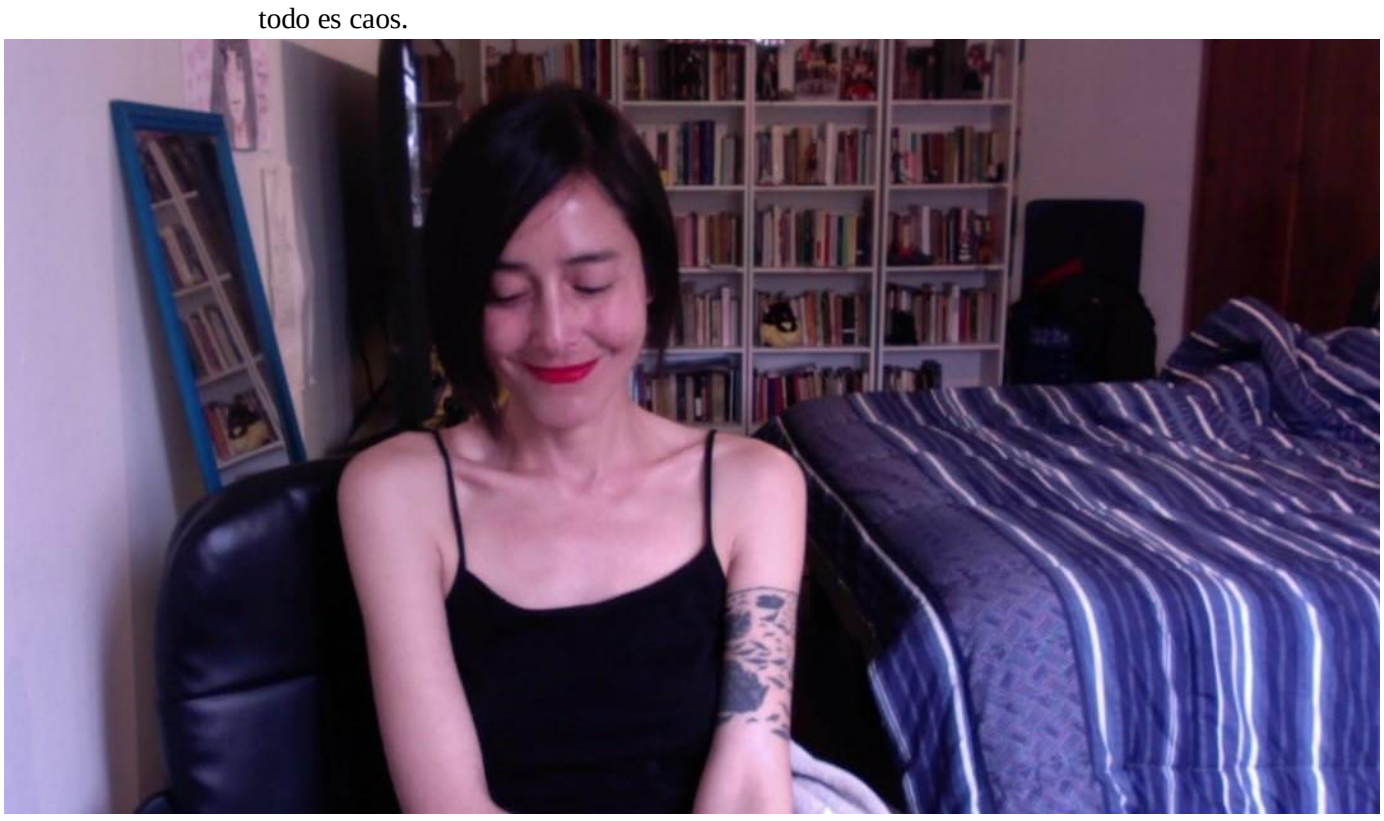
I

Un mar arado por el viento.
Un mar en blanco hasta la visión
de esa primera ola.
Luego todo es espuma
coronando la cima de las rocas.
Luego todo es viento
diseminando la página de olas.
No hay mar en calma en la presencia de la mano.
Todo el viento está contenido en el puño
de Eolo.

Hay un fuego mágico contenido.
Se escribe con fuego sobre la página.
Se escribe con fuego sobre el mar.
La mano tiene la lucidez de un faro.
La mano tiene el poder de incendiarlo todo.

Bajo la mano bulle el mar.
Bajo la escritura huye la noche.
La letra se mueve iluminada en la profundidad abisal
del mundo.

Eliza Adonis



Leonidas Zapata (1928-2021)

Narrador, poeta y ensayista chileno nacido en Lota el 5 de enero de 1928, Leonidas Zapata Moraga abrazó temprano las inquietudes que harían de él un intelectual de estatura y un hombre profundamente comprometido con las luchas sociales y políticas de los más humildes del país. Miembro de la Sociedad de Escritores de Chile y destacado militante comunista, fue también, entre 1994 y 1998, presidente del Club Chile de Ajedrez, disciplina en la que sobresalió en paralelo al despliegue de su trayectoria en el ámbito de las letras.

Entre las experiencias vitales que aportaron al desarrollo de su incansable trabajo cultural y que templaron su calidad humana está el haber compartido con Óscar Castro como alumno suyo cuando el vate ejercía las funciones de profesor de Castellano y Bibliotecario en el Liceo de Rancagua. “Un personaje singular, de una bondad y sencillez extraordinarias. Conocí las dificultades que tuvo para publicar sus libros y la precariedad de su salud. Nosotros le ayudábamos a vender sus obras”, recordaría más tarde (Leonidas Zapata. *Confieso que he vivido*, 2017). Un segundo hito que marcaría sus convicciones fue el acercamiento que tuvo a Violeta Parra desde 1955, cuando él asistió como delegado al Congreso Mundial de Juventudes realizado en Varsovia, viaje en el que pudo ver de cerca el quehacer de la creadora y al cabo del cual tuvo la ocasión de ayudarla en un trance difícil. En efecto, semanas después del evento, volvió a divisarla en París justo luego de que le robaran todo el dinero y cuando no tenía siquiera dónde pernoctar. Fue entonces que Leonidas Zapata y sus compañeros de gira la alojaron clandestinamente en el hotel en que permanecían. El resto es historia: la artista fue contratada por L’Escale y, con los años, agradecida de la solidaridad, inmortalizó los hechos en sus *Décimas*; en concreto, en los versos de *Viví clandestinamente*.

Fundador del Centro Cultural La Araucana (Rancagua, 1952) y secretario de la Cámara de Diputados (1965-1967), tras el Golpe de Estado fue exonerado político. “En el campo de la literatura construyó un espacio universal desde la elaboración de un discurso que contribuyó enormemente en el rescate de la memoria histórica”, declararon sus compañeros del Colectivo de Escritores y Escritoras Luis Enrique Délano, del que formó parte activamente. Integró los talleres La Barraca, Memoria Viva y Atenea, siendo antologado en diversas publicaciones. Autor, entre otros textos, de *Multiversos* (2012), *Ecos de la memoria* (2014) y *La mujer del gabán rojo y otros cuentos* (2016), su incesante cometido desembocó en la reciente aparición de su libro *Luces y sombras en el ajedrez* (2021), presentado virtualmente en junio en el Refugio López Velarde de la Casa del Escritor. El volumen, que da cuenta de la plena lucidez que acompañó hasta el final a Leonidas Zapata, fue ampliamente divulgado en espacios como el programa Barco de Papel, de Radio Nuevo Mundo, y la revista Nudos. “Mi propuesta estética tiene que ver con el humanismo. Con el destino de los seres que compartimos este planeta. Entiendo que no puede haber belleza en una sociedad que restringe las libertades y mal arbitra la justicia”, reflexionó el literato.

David Hevia

NARRATIVA

Mi cuento

Cuando yo vivía en ese planeta, las fragancias no solo entraban por la nariz: en el diseño original de sus avenidas existían túneles coloridos que de forma elegante y serena abrían sus compuertas para que dicha fragancia desembarcara en su futura nave.

En esos tiempos yo era pequeña y dorada, no necesitaba vestirme, pero me gustaba usar un pañuelo azul cuando asistía a ver la puesta de sol y cada vez que al Sol se le olvidaba despedirse de mí, yo dibujaba en la arena mensajes y otras ofrendas para el regalo de su espera.

Yo era más pequeña que un grano de arena y les temía a las naves de las fragancias. No quería fundirme en un color. Pero fue la música del mar la que me salpicó de fragancias sin permitirme tener miedo. Desde ese momento perdí mi tamaño y ahora soy un color, un color que no se mira, un color que llega con el viento.

Mi existencia eterna me permitió acariciar las hojas de los árboles de otoño, deslizar a las aves acuáticas y crear espectáculos junto a otros colores invisibles como yo. Al parecer viajé. O al menos así me lo demuestran estas fotografías que encontré en un naufragio hoy. Me inquieta un tanto la sensación de no recordarlo claramente, pero qué cosas podemos probar los colores invisibles. Al menos de una cosa estoy segura: aprendí a cantar y fue un flautista quien me lo enseñó. A él lo conocí en un sueño que sucedió por las tierras bajas, y la verdad es que no pude haber tenido mejor profesor. Me encantaba deslizarme por los agujeros de su instrumento y yo creo que él también disfrutaba de pasar el tiempo conmigo. Es muy importante para mí decirlo ahora, porque, así como va mi vida, puede que todo se vuelva a esfumar. Y si se esfuma quiero también decir dos cosas más. La primera es que me encantan las ovejas, sobre todo si son rosadas y las sostiene el mar. Y la segunda es que yo voy a vivir para siempre. Por eso es que lanzo esta botella en este desierto con un mensaje de mar antiguo, de sirenas envueltas en seda y truenos de mar ardientes bailando sobre las olas.

Quizás alguna vez alguien lo lea y, así como tú en este momento, se preguntará dónde estoy. Y es ahí, o ahora, en este instante, cuando la magia se reparte por el universo. Porque cuando alguien nota mi ausencia yo comienzo a brillar y es un brillo que alegra la vida y hace bailar a los corazones. Si tienes ojos, el brillo puede que empiece por ahí. Pero en mi historia nada es totalmente predecible, y eso me encanta, así como las noches frías de estos días y los abrazos de luna. Pero hay otra cosa que aún me gusta más: escuchar a mi corazón. Porque no hay nada más mío que él, y todo se transforma en melodía al son de sus latidos. A veces pienso que no puedo sentirme más dichosa con esta caricia, tanto así que hay un movimiento invisible que también ocurre en mí. Un movimiento que me toma de la cintura y recorre mis escamas, retirándose tiernamente por mi cola de niña pez. Y bueno, esa es otra cosa: no recuerdo desde cuando soy una niña pez y, al mismo tiempo, un color invisible. Creo que fue la mirada del gigante la que me disolvió, ese gigante antiguo que nunca quiso verme feliz, quizás porque a él nunca le permitieron ser feliz. Pero eso es solo un detalle, que hoy no significa más que una costura que me sirve para recordar que hay más gigantes como él y que yo nunca quiero ser como ellos.

En este momento me gustaría decir también que yo tengo otras costuras en mi existencia, hay una bonita de color verde claro que me la regalaron unos ojos amables que se dormían tristes mientras los pintaba y hay otra costura de un mono azul encantado que me regaló los juegos de las palabras y también hay una costura sanguínea de mi profesor de dibujo. En este momento siento muchas ganas de hablar de mis costuras, pero tengo miedo de que me escuchen y empecemos a bailar en esa danza que cuando nos convoca no hay quién nos detenga. Por hoy prefiero transformar esa danza reconciliándome con el gigante y quiero que entiendan que no es para nada sencillo, porque él no solo fue el ladrón de mis sueños, sino que también de otras criaturas pequeñas como yo. Algo me dice que hay más valor en mí que antaño y que esta reconciliación le traerá a este planeta colores más sutiles. Ante esto, está la posibilidad de que pueda volver a ser invisible; convivir con mi ausencia al menos por unos minutos para reponerme de todo el compromiso que trae la materia, para así superar los límites de las emociones antiguas y renovarlas con aires de esta mañana nueva que llega hacía mí.

Pero la mañana ya se fue y ahora el tiempo avanza en sentido contrario a las agujas del reloj. Sería más ameno esto si por lo menos un amigo me escuchara o yo pudiese escucharlo a él, en vista de que las frecuencias de onda corta no dejan que nos comuniquemos claramente hace bastante tiempo. He olvidado algunos idiomas y eso limita mi existir. Hay veces en las que buceo en mi corazón para encontrarlos y es ahí donde me acuerdo que algunas llaves donde los guardaba las tomó el gigante.

Quizás sea mejor que siga esperando en la ventana la mirada que me eleve hacia mi planeta de origen. Y si no es una mirada, me conformo con un beso; aunque sé que en este planeta están en sequía, pero no por eso en el olvido, lo que lo hace más interesante, ahora pensándolo bien, porque basta solo con que alguien lo recuerde para que suceda. Y a estas alturas no importa en cuál de mis dos existencias esto ocurre, sin dejar de reconocer que es el apetito de niña pez el que me habita, pero los apetitos pueden volverse invisibles si yo también me uno a ellos y en este juego siempre la pasamos bien, nos mordemos como animales cariñosos para después descansar sobre el césped. Esa es la sábana más antigua de mi vida y, bueno, también lo es el fondo del mar.

Puedo recordar las caricias de la arena en mi espalda mientras las corrientes me mecían y hacían languidecer mis escamas, así como las burbujas revoloteando en mi cabellera.

Esos tiempos líquidos hoy son una quimera de la que solo guardo sus cenizas en mi altar. Hay días en los que me gustaría lanzar esas cenizas al viento y no dejar que sigan viviendo en mí, pero cada vez que tomo esas cenizas azules e intento soplarlas, hay un murmullo que me detiene; es un ruidito de animal. Yo solía llamarlo monstruo marino, pero me gustaría saber su verdadero nombre o quizás recordarlo, porque él debe ser alguien que se conoce sin tener que conocerlo, como esas emociones inmensas que no piden permiso para entrar en la vida y de pronto te ves navegando en ellas como un regalo de ola gigante para un pequeño animal marino, quien vive para disfrutar la inmensa amabilidad del océano. Lo que duele en eso es solo la mirada de algunos espectadores, quienes ignorantes de la suavidad del corazón del pequeño animal le dicen que es valiente, siendo que la única verdad que el pequeño animal tiene es que para él esto es un juego, como también puede ser un juego sostenerse sobre la superficie del mar, boca arriba y sentir el sol cubriéndolo de oro mientras entreabre sus ojitos para brillar en su gracia. O cuando decide sumergirse con una voluntad prehistórica para contemplar la belleza que el mar solo reserva para aquellos que podemos dejar de respirar.

Navegar como niña pez es un regalo y un desafío al mismo tiempo, porque a mí quien me guía es el viento y la luna. Un sistema desconocido para muchos viajeros modernos, ante lo cual, mis travesías casi siempre se cuestionan. Y cuando eso pasa, tomo un pasaje a mi interior y me cercioro que mi motor esté en marcha, también reviso el propulsor de mi vida y el diamante celeste que guardo bajo mi lengua.

Hay veces en las que añoro un rubí que me mostró un viajero. Él era más grande que yo, o al menos así parecía en un principio. Porque la verdad es que, al lado de su rubí, él se volvía niño también y así como piedras preciosas bajo encantamientos de ternuras podíamos recorrer el universo entero olvidándonos de quiénes éramos. Muchas veces despertábamos atrás de las cascadas y sin timidez alguna saboreábamos el placer de la eternidad junto a un buen desayuno. Esos momentos hoy son sagrados, aunque hay una bruja a la que no le gusta que lo diga, porque ella es muy seria y algunas veces hasta puede llegar a ser violenta. Eso depende del ánimo con el que ella se encuentre y de cómo vayan sus finanzas. Hubo un tiempo en que yo le temía. Pero aprendí a reconocer que el miedo de ella era mayor al mío. Esa sabiduría me la regaló para mi cumpleaños del año pasado un mago. Aún recuerdo cuando apareció frente a mí con una hermosa hoja de otoño entre sus manos. Liquidámbar, me dijo. Muy líquida, le respondí yo. Su sonrisa y la mía dibujaron la misma luna en ese instante. A ese encantamiento le siguió una leve brisa del viento. La hoja cayó en el suelo. Yo me incliné a recogerla y vi escrito: *la bruja es insegura y ve en ti lo que ella aún no puede tener*. Entonces mi mirada se clavó con la del mago y sus arrugados labios respondieron; para cambiar el hechizo tienes que hacer el siguiente conjuro: *mírala a ella como quien es, llega adentro*. Una niña insegura que no quiere que cuentes los hechos que la avergüenzan de su vida. Por eso cubre de finanzas las conversaciones. Porque teme perder sus méritos. Por eso le asustas. Y es por ese miedo que le das, que ella prefiere espantarte. La verdad es que no soporta tu seguridad. ¡Ajá!, dije yo, con una amplia sonrisa en mi rostro. Feliz cumpleaños, me respondió el mago. *Muchas gracias*, dije, mientras nos abrigamos en un tibio abrazo.

Este año cumpliré 380 años. Cuando me miro en el reflejo de las lagunas, los dibujos del agua diluyen mi edad. Cuando observo las flores, ellas me explican que la belleza es solo una parte de la vida. Cuando las plantas de mis pies se anclan sobre la tierra, las raíces de los árboles me dan ánimos para continuar el viaje.

Paulina Sepúlveda

A la izquierda: Paulina Sepúlveda. En el jardín (2021).